

valiosa prueba de la veracidad de este último. Por ventura, este sentimiento, ¿no es universal? ¿Será posible que en el estrecho círculo de un capítulo reduzca á número los monumentos lindísimos, los testimonios irreprochables, los autores célebres que han hablado con voz elocuente de las grandezas de María Inmaculada en su relación estrecha con las infinitas bellezas de Cristo Sacramentado? No; que sí es labor curiosísima, también lo es innecesaria, siendo suficiente á lo expuesto que el corazón se exteriorice, consignando su devoción por ambos Misterios, y que la lengua, sin dejar de elogiarlos, repita con febril entusiasmo:

Dios para darse en comida  
En este Pan celestial,  
Tomó la carne escogida  
De María, concebida  
Sin pecado original (1).

(1) De un autor desconocido, Sevilla A. R. Gamara 1615.



## CAPÍTULO XVII

### *La Eucaristía y las Ciencias*

#### SUMARIO

- I. Preámbulo.—Concepto verdadero de la ciencia.—Toda verdad, y por consiguiente, toda ciencia participan de Dios, Verdad primera.—Con esta Verdad primera podemos unirnos á Dios, mediante la Eucaristía.—El dogma del Altar, fundamento del adelantamiento científico.
- II. Ciencias divinas: Teología, confirmando la Eucaristía.
- III. Ciencias espirituales: Filosofía, idem.
- IV.—Ciencias naturales: Física, Medicina, Botánica, Geología, Fisiografía, Geognosia, Geogonía, idem.
- V.—Ciencias exactas: Aritmética, Álgebra y Geometría;—Astronomía, Filología, Legislación, Economía, Historia, idem.
- VI.—Epílogo: Todas las ciencias se han desarrollado y han adelantado poderosamente con el influjo de la Eucaristía.

#### I

Fundados temores se apoderan de mí, al intentar mover la pluma para tratar una materia tan vasta como la indicada, circunscribiéndola á un solo capítulo, habiendo sido en parte desarrollada por eminentes teólogos, amantísimos de la Eucaristía, ante cuyos radiantes luminares, mi escaso numen se extingue como la moribunda luz de una humilde mariposa. Pero ya que el cuerpo de la obra exige un título como el apuntado, haré un gran esfuerzo, siquiera resulte en alabanza del Misterio eucarístico y provecho de los lectores. ¿Qué es la ciencia? Es, contesta nuestro diccionario, la sabiduría práctica de las cosas por principios ciertos.



De suerte que, esta sabiduría práctica, este conocimiento positivo ha de ser deducido de principios evidentes: luego la verdad es el objeto de la ciencia, puesto que la verdad sola es objeto del entendimiento. En este concepto, la ciencia, para que se la considere como tal, debe proponerse únicamente verdades, sean del orden que fueren, y jamás podrá descender á opiniones que forjaran, no la realidad, sino la fantasía ó las pasiones.

Ahora bien, siendo el espíritu humano creado por el divino, si alguna verdad que así deba llamarse, puede llegar á conocer, es porque este divino Espíritu ha querido comunicarla, bien inmediatamente, ó por la revelación, bien mediadamente ó por las causas segundas, cuyas íntimas y necesarias relaciones entre sí y sus hermosos efectos constituyen otras tantas verdades, y forman por cierto la ciencia. Y no se vayan á buscar más verdades que éstas, porque ya se sabe que si en realidad se inventan nuevas ciencias, no es porque se hallen verdades que antes no existían, sino porque el entendimiento ignoraría quizá la relación que había entre el efecto ó verdad encontrada y la causa que lo produjera.

Del precedente raciocinio, se originan dos bellísimas consecuencias: primera, que todas estas verdades, así como el propio entendimiento humano, participan de la Verdad primera, pues aquél es como un trasunto de la luz divina; y segunda, que ni aquellas verdades, ni el referido entendimiento pueden estar en oposición directa con la Verdad divina, puesto que, procediendo y participando todas de Ella, deben estar por precisión en mutua correspondencia y en dependencia feliz, como el efecto de su causa. He aquí explicado, y sea dicho de paso, que todas las inteligencias que se separan de la verdad primaria, que es Dios, pretenden violentar, aunque no quieran darse cuenta, aquellas verdades que más relación directa tienen con la Verdad divina.

Si, pues, la verdad es el objeto del entendimiento, allí donde se encuentre aquélla con mayor perfección, se hallará

la mayor perfección de nuestro entendimiento; por eso, siendo Dios la verdad perfecta por esencia, porque sólo Él es el que es; en Dios, por lo tanto, y en su posesión, debe hallar nuestro entendimiento toda la perfección posible.

Pero sabemos que á esta Verdad suma no podemos enlazar-nos de un modo cabal, mientras estemos en este mundo, ya que sólo nos unimos á Ella por la fe; empero la bondad de Dios ha llegado á tanto que, por medio de una invención prodigiosa de su amor, en la que, en expresión de Santo Tomás de Villanueva, se termina la creación, podemos estrechar nuestro entendimiento con la Verdad infinita para poder descansar y gozarnos en ella como en su última perfección. El Eterno, en efecto, ha querido con esa prodigiosa invención, llamada Eucaristía, adelantar en este mundo los gozes indecibles del paraíso. Ciertamente es, por consiguiente, que la razón humana, tanto más sabrá distinguir la verdad del error, separar debidamente unas verdades de otras, buscar é indagar nuevos conocimientos, cuanto menos se aparte de la Verdad primaria, cuanto más cerca esté de ella, cuanto más se identifique con la Verdad divina; pues en esto se cifra su última perfección. Por lo tanto, si en la Eucaristía se cifra esta Verdad, claro es también que el deífico Sacramento es la sólida base del progreso intelectual.

Considerada desde este punto de vista, la Eucaristía es no sólo, por esto, fundamento del adelantamiento científico, sino también porque Ella purifica nuestras potencias y les devuelve aquella calma y tranquilidad, aquel sosiego y paz que perdieron por el pecado y que necesitan para poder discurrir con perfección sobre las verdades más abstractas. La Eucaristía da actividad al entendimiento, consolida la memoria y otorga vigor y energía á la voluntad, á fin de que la razón humana pueda ocuparse de las verdades más altas y salir airoso en ellas. ¿Y no es este un excelente medio para poder discurrir desembarazada y serenamente sobre todos los principios, sobre todas las consecuencias, sobre todas las verdades, en una palabra? Yo apelo á la historia, y de hecho consigno, aún cuando lo verificaré después,



que todos los que han renunciado á la Verdad divina, se han visto, sin quererlo, en un atolladero profundo, del cual no han podido salir jamás, á no ser por la luz de la misma Inteligencia divina que, por compasión, les ha enviado un luminoso rayo, á fin de que salieran de sus espesas tinieblas. Es, pues, en suma, la Eucaristía el fundamento del progreso intelectual y la base de la actividad científica.

## II

De semejante conclusión se desprende necesariamente que ninguna de las verdaderas ciencias conocidas poseen un solo fundado argumento contra el dogma Eucarístico. Discutamos, en efecto, por las diversas clases de ciencias, y palparemos esta verdad importantísima.

Observemos en primer lugar las ciencias divinas, á cuya categoría pertenece exclusivamente la sagrada *teología*. Esta ciencia, por antonomasia cristiana, ha estudiado á Dios en sí mismo, valiéndose para el efecto de todos los más finos resortes del humano entendimiento; lo ha considerado en sus obras *ad extra*, particularmente en sus relaciones con las criaturas; ha profundizado el ser humano, ha tocado los límites de su inteligencia y ha visto lo que puede y lo que debe al Ser Supremo; y, al ocuparse peculiarmente del Santísimo Misterio de los altares, después de creer humildemente con la Iglesia Católica y, luego de un maduro examen, al que han asentido millones de sabios de todas clases, ha consignado que esta Cifra de los prodigios de Dios, no sólo no se halla en contradicción consigo misma, ni con la razón, sino que está en perfecta armonía con esta última; más aún: que el hombre ha propendido siempre á unirse con Dios mediante un Misterio como el del Altar, y que Dios, desde el principio del mundo, ha manifestado querer conversar y morar con los hombres por medio de la Eucaristía. Es este un hecho tan visible y elocuente que para su convencimiento bastará un estudio somero del mismo.

En efecto; una é inmutable en sí misma, como es la verdad, la tendencia general del hombre hacia Dios, manifestada por

la volubilidad é inconstancia del corazón humano que no halla perfecto descanso hasta unirse con su Causa primera; y una é inmutable también en sí misma la tendencia divina de morar con los hombres, vense retratadas con vivísimos destellos en todas las épocas de la humanidad. En el paraíso, el Eterno se comunica al hombre mediante su palabra de fuego; á Abraham y Moisés se les presenta en peregrina figura humana, y no contento con este ordinario disfraz, en el que ocultaba ingeniosamente su eterno pensamiento de morar con los hombres, suscita los grandes profetas y les envía á su amado pueblo con la feliz nueva de que vendría un tiempo en que Dios habitaría con su pueblo. Semejantes deseos incoaron los meros ensayos, ordenando al primer caudillo de Israel la fabricación de una linda arca, dentro de la cual quería ostentar visiblemente su omnipotencia divina; mas el Eterno no se sosegaba con estos preludios, á nuestro modo de expresarnos, antes bien escoge á David para que, á los melodiosos arpegios de la regia arpa, cantase la futura venida y las ricas bodas del Dios Redentor. Llega el tiempo señalado, y el Verbo toma carne humana; baja á conversar con el hombre, cual si fuera su semejante, y estrecha sus relaciones con él. Empero su tendencia eterna de comunicarse completamente con su racional criatura, le hace olvidar tanta aproximación al corazón humano, y no para, y no cesa, y no descansa hasta que se le da por entero, instituyendo la Augusta Eucaristía, con la cual se efectúa la unión más estrecha é íntima que pueda concebirse. ¿No admiramos aquí la general propensión del Altísimo por comunicarse con la criatura? ¿No observamos que semejante propensión eterna incluye una sólida verdad, á saber: la del dogma eucarístico, dibujado siempre por el dedo de Dios? ¿Qué indica esto sino que el Misterio eucarístico es absolutamente verdadero? Y si es así ¿qué ha de hacer la teología sino inclinar su despejada frente, para adorar tan inefable Sacramento?

## III

Mas registremos las ciencias espirituales. Examinemos



si la *filosofía* de todos los siglos ha podido arrojar en rostro del Cristianismo un solo argumento de consideración, contra la realidad del Sacramento del Altar. Ni es preciso, ni conveniente que nos detengamos aquí en observar, si en todos los siglos los filósofos de buena fe han defendido la Eucaristía; ni es necesario, como tampoco útil, aducir á este lugar la confesión de todos los herejes sacramentarios que se rebelaron y blasfemaron contra el Augusto Misterio. Bien sabido es, como lo tenemos demostrado, y se irá probando aún más en lo sucesivo, que ni en los siglos V, IX, XI, XIII y XVI, tiempo en que con más fuerza hirvieron las herejías anti-eucarísticas, pudieron sus fautores salir airoso de los combates que entablaron con los católicos; pues aun cuando unas veces con falsas argucias, otras con especiosos equívocos, ya con impías blasfemias, ora con grandes violencias y siempre con la mala fe que les caracterizaba, intentaron atacar de frente tan Sagrado Misterio: la confusión cubrió en todas ocasiones sus rostros de vergüenza, quedando su reputación manchada con la denigrante nota de escandalosa. Sin embargo, luz más que mediana emiten los herejes y los falsos filósofos del siglo XVI á esta parte, en favor de la verdad eucarística; sus palabras, sus hechos y sus aspiraciones prueban una vez más que la rabia satánica contra la Religión invadía sus pechos y que sus silogismos estaban llenos de sutilezas, basadas siempre en la incertidumbre y en la falsedad, resultado de lo cual, confesaban algunos, contra su gusto, que la Religión Católica estaba en posesión de la eterna verdad.

Lutero, el más ardiente opugnador del Sacramento del Altar, convencido que la filosofía no podía suministrarle argumento alguno contra el capital dogma de la Iglesia, profirió enfurecido estas palabras: «Quien me dé un medio decoroso para negar la Eucaristía me hará un gran beneficio» (1). Y todos los filosofastros posteriores á él han trabajado por ofrecerle este decoroso medio; mas después de haberseles

(1) Epist. ad Argent. tom. VII.

desvanecido el cerebro, quedaron del todo avergonzados. Del siglo XVI á nuestros tiempos es curioso observar lo que se fatigaron los impíos por alterar, burlar, borrar si pudieran la Religión Católica y particularmente la Eucaristía, pero en vano; extraño es también que á unos hombres que se preciaban de filósofos, y que todos los días estaban blasfemando del Misterio de los altares, se les escapasen de vez en cuando expresiones y afirmaciones tales que forman perfecto elogio de nuestro dogma. Y no sólo esto sino es muy chocante que ellos que deseaban implantar reformas en las inteligencias y en la moral de los pueblos, no hablasen siempre del mismo modo, no sentasen siempre los mismos principios é idénticas verdades. ¿Qué sistemas, pues, eran esos que variaban á cada paso? La verdad es inmutable; si ellos estaban en posesión de la verdad, ¿por qué disentían sin rubor tantas veces?

La servil imitación, por desgracia, ha sido siempre, particularmente en los hombres necios, la que movió á los novadores á oponerse á la verdad y á blasfemar del Catolicismo. Pocos han sido los filosofastros corrompidos que hayan inventado doctrinas heterodoxas, pero infinitos han sido los dementes que les imitaron. El tan decantado filosofastro Rousseau, bebió sus impías doctrinas de Bayle y su *Indiferencia* de Chubb. Voltaire se aprovechó de los sofismas protestantes, y todos los filosofastros modernos no hacen más que repetir las insensatas argucias de aquél. Pues bien, ese mismo Rousseau, tan idolatrado de los indiferentistas, pero tan bien rebatido por Lamennais y por Valsechi, después de blasfemar contra la Religión y contra Jesucristo, luego de convertirse en escéptico y epicúreo, escribe un día familiarmente á un discípulo del impío Diderot: «Tiemblo (dice) y me estremezco al ver contristar y afligir á la Religión con vuestros escritos. Desconfiad, querido Deleyre, de vuestro genio satírico. Sobre todo aprended á respetar la Religión (Católica): la humanidad misma os impone este respeto».— Y, al hablar de la veracidad de esta Religión y tratar del inefable Misterio de la Eucaristía, no sabe sino encomiar al



Catolicismo, diciendo: «Es una religión santa, (1) sublime, verdadera». He ahí cómo Rousseau confiesa el Misterio de la Eucaristía; pero en otro lugar, llevado de su espantosa volubilidad, afirma que el Cristianismo repugna á la razón y que es imposible á todo hombre sensato el admitirlo. ¡Miserable! ¿En qué quedamos? Tú dices que el Catolicismo es verdadero, pero que repugna á la razón.—¿Dónde está tu ciencia? ¿dónde tu sentido común? ¿dónde tu rubor? «Dóciles admiradores de este sofista inconsecuente, añade el sabio Leibnitz (2) ¿con qué cara vituperáis á los cristianos la obediencia de su fe...?»

Voltaire recoge las sucias migajas de los protestantes, y luego de declarar la guerra más satánica á Jesucristo, llamándolo *infame*, (que su nombre, mil veces santo, sea bendito), se estremece, y al ver que sus padres en la impiedad reniegan de la Eucaristía y admiten otros Misterios del Cristianismo, les contesta — La Eucaristía es tan creíble como los demás dogmas del Catolicismo.—Recojamos estos preciosos documentos que, aun cuando no los necesitemos, dicen muchísimo contra los protestantes, pues les trata nada menos que de ignorantes; y contra él mismo, pues su doctrina era deducida de los principios de aquéllos.

Cherbury, Spinoza, Hobbes, Blount, Bolingbroche, Tous-Saint, Diderot, D' Alembert y los que trabajaron en la revolución francesa, ¡qué hombres! ¡qué filósofos! Su historia está escrita sobre lámina de inmunda cloaca con caracteres de sangre, grabados con puzón despótico. Siempre violentos, siempre indecisos, siempre soberbios. Su inmundo vientre fué el ídolo á quien en todas ocasiones dieron incienso; mas á pesar de todo, bien en su adolescencia, cuando muchos de ellos fueron católicos, bien en su juventud, en una de las épocas de calma, ora en su vejez ante el espectro de la muerte, dejaron salir de su boca y correr de su pluma expresiones que se volverán siempre contra ellos. Por el contrario, sin contar los SS. Padres y doctores cató-

(1) Contrat. social, pag. 194.

(2) Indiferencia relig., tom. II, cap. 3.

licos; filósofos eminentes, como Lira, Lulio, Bacón, Descartes, el mismo Leibnitz, el Tostado, Luis Vives, Bertand, Rius, Lamennais, Balmes, hombres excepcionales en inteligencia y conducta moral; después de haber investigado los arcanos de la filosofía y tocado todos sus límites, han confesado que el Misterio de la Eucaristía, no sólo no repugna á la razón, sino que se halla en perfecta armonía con ella. Autoridades tenemos de filosofastros impíos que han confesado ser la filosofía absolutamente impotente contra los dogmas del Catolicismo. Y en consecuencia: «Ultrajes, bufonadas, sarcasmos y audacia, como afirma el P. Valsechi, podrán presentarnos, han presentado y presentarán nuestros enemigos, pues son sus mejores armas; pero un argumento sólido, una razón clara que destruya las pruebas de la divina revelación, por más que blasonen que tienen tantas fuentes en donde tomarla, y tantas veces se les ha invitado por los católicos, no la han producido todavía» (1).

#### IV

Mas demos entrada á las ciencias naturales, con objeto de ver si poseen mejores argumentos contra nuestro dogma. Ocupe el primer lugar la *Física*. Las teorías de esta ciencia, según hemos demostrado al estudiar si la Eucaristía es posible físicamente considerada, no repugnan en modo alguno á la fe del Augusto Misterio. Ni las teorías de la materia ó substancia, ni las de los accidentes, ni las de los cuerpos, átomos y moléculas, ni las de los agentes materiales, ni alguna ley física se oponen á la doctrina teológica de la Eucaristía. Y esto no es extraño, porque, siendo la física el estudio de los fenómenos que presentan los cuerpos, siempre que no experimenten cambio en su composición y, habiendo sido estos cuerpos, juntamente con sus diversos fenómenos, creados y dispuestos por el Autor mismo que ha instituído la Eucaristía, es evidente que Dios no les daría leyes contradictorias.

(1) Fuentes de la impiedad, p. II, § 10.